

Uwe Timm

ICARIA

Traducido del alemán por
Paula Aguiriano Aizpurua

Título original: *Ikarien*

Publicado originalmente en alemán como *Ikarien*,
de Uwe Timme.



La traducción de esta obra se ha subvencionado
con una ayuda del Goethe-Institut.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017, Verlag Kiepenheuer & Witsch
GmbH & Co. KG, Köln/Germany

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-095-7

Depósito legal: M. 14.288-2018

Printed in Spain

A Dagmar

Un científico no debería tener
deseos ni afectos;
solo un corazón de piedra.

CHARLES DARWIN

Es mortal sustituir al viejo Dios
por un mundo ilustre que experimenta
un constante y loable progreso.

GUSTAV LANDAUER

Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum.

Está vivo.
Soy testigo.
Ha sobrevivido.

Caminaba por la calle y reía y gritaba y bailaba, con un baile algo torpe, pero un baile al fin y al cabo, y aplaudía. Nadie lo había visto jamás. Como caído del cielo. Era rechoncho y tartamudeaba. Recorría la calle pasando por delante de los escombros del edificio de la esquina, de la fachada gris de la que colgaban sábanas blancas, de la lechería, de la zapatería, de la pescadería Grün; se cruzó con Adolf Andersen, que aquel día de primavera no llevaba el uniforme marrón ni las botas relucientes, sino que iba vestido de un verde discreto, verde, verde, verde, como en la canción infantil; tampoco levantaba el brazo, como aún hacía ayer, no gritaba «*heil*», no, se agarraba el sombrero, saludaba con una amabilidad exagerada a derecha e izquierda, se detuvo desconcertado cuando el chico torpe se le acercó de frente con una sonrisa y le tendió aquella mano de dedos cortos que Andersen estrechó sorprendido y abochornado; el joven siguió su camino profiriendo extraños ruidos guturales, sin dolor, sino más bien gozo, quizá ambos, gritos de gozo doloroso. De la boca, que parecía demasiado pequeña

para esa lengua, le brotaban palabras: Las nubes solo pueden significar una cosa, el árbol es otro y gime. ¿O Himmler?

No, gime.

El joven volvió a aplaudir, efectivamente, bailaba, un baile desmañado, se lo veía seguir un ritmo lento con las manos, se acercó a un árbol, el único que seguía en pie, que había resistido a las bombas, los incendios y las sierras en invierno, un castaño de hojas como pequeñas zarpas. El chico se apretó contra el tronco, palpó la corteza y su boca emitió un sonido gutural. Corrió por la calle agitando los brazos como si quisiera volar, profiriendo gritos roncros y siguiendo a los cuervos mientras imitaba sus graznidos.

Tres o cuatro meses después, cuando ya se había habituado a lo que debía ser la normalidad, los niños comenzaron a molestarlo. No lo entendían. Él levantaba un puño amenazador. Pero incluso cuando lograba atrapar a uno de ellos, no le pegaba, sino que se limitaba a decir: «¡A dormir!». Y también: «¡Callandito!».

¿Por qué dormir?

El niño dice: Yo era el más joven y fui quien más tiempo estuvo de su parte. Era un misterio verlo intentar apartar las nubes con una escoba.

Cuando yo también comencé a burlarme de él, madre me preguntó: ¿Por qué lo haces?

Porque es raro.

No, no es raro, ni malo. Los niños pueden tener maldad. Él no. No hace daño a nadie. Siempre será un poco niño.

Así fue más o menos la conversación. Y transcurrió acompañada de un sentimiento de vergüenza por haber traicionado a alguien para caer en gracia a otros.

Sus padres lo habían escondido en el piso durante doce años.

Una casa de alquiler, ocho inquilinos, cuarta planta, un ático. Allí vivían dos adultos y un niño. El niño no salía de casa. Había que repartirse lo previsto para dos adultos en la cartilla de racionamiento: mantequilla, pan, queso, verdura y patatas. Si apenas era suficiente para dos, cómo iba a bastar para tres. Y el chico comía mucho, tenía hambre, hambre constante; igual que la madre, tanta como un buitres; igual que el padre, que de vez en cuando traía algo del trabajo, zanahorias, un poco de repollo, un pedazo de jabón y, muy rara vez, miel. Un compañero del padre en la oficina de aguas tenía dos colmenas en el jardín. Sabía lo del chico y su escondite. Los días de miel eran un festival.

¿Sabían algo los demás inquilinos? Quizá alguno que otro, puede que los que vivían debajo, porque aunque los de arriba anduvieran en calcetines, debían de oír que había más de dos personas allí. No los delataron. Él era un poco diferente. Lo habrían matado.

Guardaron silencio.

¿Habrían guardado silencio si se hubiera tratado de una familia judía?

El horror, lo innombrable.

Debe nombrarse.

Las ruinas. En verano los caminos atravesaban los montículos de escombros. Senderos trillados. Por allí rondaba el asesino de los escombros. Las cenizas, los restos de huesos lo cubrían todo. Polvo de ladrillo. Humus. Verde exuberante, lupinos y cardos, también tusilago. Nubecillas de mariposas blancas se elevaban de las hondonadas. Los mayores decían que nunca habían visto tantas mariposas como en el verano de 1945. Que eran parásitos. Se comían la col, que además escaseaba, con una voracidad insaciable. Los niños las perseguían, las

golpeaban con finas varas de mimbre, caían al suelo con las alas hechas trizas.

Éramos los salvadores. Matábamos a los parásitos.

En sueños volaba. Era muy fácil. Con solo extender los brazos ya me elevaba por los aires. Debajo quedaban casas, calles, árboles, el profesor Blumenthal, al que le crecían pelos de las orejas y de los agujeros de la nariz, y más allá un ciclista que se tambaleaba, amenazaba con caerse y, finalmente, daba en el suelo. Volar era un placer. Esperaba ansioso la hora de acostarme. Esperaba ansioso el momento de quedarme dormido.

Mi recuerdo: Karlchen masticaba. Un movimiento constante, la mandíbula moliendo lentamente. Como si se masticara la lengua. La sonrisa le ensanchaba el rostro.

Mi recuerdo: el jeep, un coche tan sencillo y de funciones tan reconocibles, las ruedas desnudas, el volante, el cambio de marchas, la esfera metálica visible sobre el eje trasero, el neumático de recambio detrás, en el costado opuesto una pala, el parabrisas podía plegarse, no tenía puertas, los soldados se subían de un salto, cuando llovía se extendía una cubierta sobre dos arcos.

Los soldados de ocupación británicos también conducían jeeps, pero el que apareció en julio en el Eppendorfer Weg tenía una estrella en el capó, y delante se sentaba un oficial americano de uniforme caqui almidonado con una raya marcada en el pantalón, eso se me quedó grabado. Fumaba. El chófer, que no era negro pese a que más adelante se vería que muchos lo eran, repartía láminas de chicle. Un fin en sí mismo: solo sabor, un juego de niños, y masticar, el movimiento de la cara, como de molienda, calmaba el cuerpo. El coche olía a goma, a gasolina, un olor que me acompaña desde entonces y representa el recuerdo lejano de lo distinto, de lo nuevo.

Lo sorprendente era que el hombre de uniforme nos entendía, hablaba alemán. Preguntó cómo nos llamábamos. Los niños dieron sus nombres, también su edad. Karlchen, que era mucho más atrevido o puede que simplemente más curioso, tocó el metal, los neumáticos, el espejo; sus dedos, algo torpes, acabaron alcanzando también con cautela el uniforme del oficial. Este le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y Karlchen respondió: Karlchen. Tuvo que repetir su nombre, y también la pregunta: ¿El coche saltar?

El oficial se echó a reír. No.

El chófer le regaló a Karlchen una laminilla envuelta en papel de plata, y cuando el chico se la quiso llevar a la boca, el oficial se la quitó, desenvolvió el chicle y se lo dio. Karlchen comenzó a masticar y a aplaudir.